

A mí, sí; a mí me conocéis. Es posible que entonces y allí, harapiento y peor afeitado que de costumbre, rapado, tuviese un aspecto muy diferente al de ahora, pero es un detalle sin importancia: el fondo no ha cambiado.

De Vidal, por el contrario, debo hablaros con profusión de detalles. Vidal fue un hombrecillo pequeño y gordo; pequeño lo seguía siendo, y de la gordura de un tiempo eran testigo los pliegues melancólicamente flácidos de la cara y del cuerpo. Era un judío pisano, deportado con mi mismo tren.

Nadie podía amarlo y tampoco odiarlo: su pequeñez, su insignificancia eran tales que lo apartaban, apenas conocido, de la habitual relación entre los hombres. Ha muerto, sí, es cierto, también los demás han muerto, ¿por qué debería hablar de él en especial?

Trabajamos juntos muchas semanas, entre el barro. Todos caíamos alguna vez en el fango viscoso y profundo de aquel triste lugar, pero, con el poco de nobleza animal que sobrevivía en nosotros, evitábamos por todos los medios caer, o reducir al mínimo los efectos. Habréis observado, sin duda, que es un equilibrio fantástico lo que confiere a los gatos una

dignidad indiscutible. Un hombre por tierra es un lisiado, es risible. No sabría decirlo el porqué, pero así es, siempre ha sido así y todos lo saben.

Vidal caía continuamente en el fango. Más que cualquier otro: bastaba un pequeño roce, y a veces ni siquiera eso. Es más, en ocasiones estaba claro que se dejaba caer a propósito en cuanto alguien lo insultaba o hacía el gesto de golpearlo. Allí se estaba, bajito, entre el fango, como si fuera el seno materno, como si para él la posición erecta fuera de por sí innatural y peligrosa, como caminar para quien lo hace sobre zancos. El fango era su refugio, su línea defensiva. Era el hombre de barro, el color del barro era su color. Él lo sabía, con las pocas luces que los sufrimientos le habían dejado, sabía que era grotesco.

Y hablaba de ello, porque era locuaz. Contaba sin parar sus desventuras, las caídas, las bofetadas recibidas, los escarnios, como un polichinela: sin la más mínima veleidad de salvar como fuera una partícula de sí mismo, de dejar veladas las partes más abyectas; es más, acentuaba el aspecto bufonesco y cobarde de sus aventuras, con un tinte de gusto por la teatralidad en el que se adivinaban vestigios remotos de sociable bonhomía.

¿Conocéis hombres como él? No es probable, pero si sí, sabréis que son adúladores, y que adulan con naturalidad y sin doble sentido. Si nos encontráramos en esta nueva vida, no sé por qué razón podría adularme: allí, recuerdo que todas las mañanas loaba el aspecto sano de mi cara. ¿Piedad? Sí, probablemente me provocaba piedad, aunque yo no fuera muy superior a él. Pero la piedad de aquel tiempo, inoperativa como era, se perdía apenas había sido concebida, como lluvia en la arena, y dejaba en la boca el vano sabor del hambre.

Así era, pues, Vidal en 1944, el último año de su vida. No os sorprenderéis si os digo que, como todos, lo evitaba, pues estaba en más que evidente estado de necesidad, y quien tiene necesidad se cree siempre un acreedor.

Allí, en un caluroso día de septiembre, sonaron las sirenas de las alarmas antiaéreas mientras estábamos en el fango. No sonaban como en Italia, con la repetición sistemática de la misma nota, aullaban (y este era, me sorprendió, su nombre oficial: «*Heulton*»), con tonos ascendentes y descendentes, como un largo grito animal. El efecto era «nibelúnguico», y particularmente adecuado a la retórica del mito germánico, de las fieras divinas de los Edda, de las cabezas de muerto. No sé si por caso, o porque así lo habían pensado, o por participación inconsciente, aquel sonido era más que una señal: era un grito de guerra, un desafío, una queja rabiosa y un lamento. Yo tenía un escondite secreto, había encontrado una galería subterránea en la que habían apilado montañas de sacos vacíos. Bajé y allí me encontré a Vidal. Me recibió con una verbosa cordialidad que no fue correspondida. Sin dilación, mientras yo me adormilaba, empezó a contarme no sé cuáles de sus lamentosas aventuras.

Fuera, pasado el trágico canto de las sirenas, había un silencio neutro en el cielo, pálido y lejano, lleno de amenazas. De repente se oyó un gran ruido sobre nuestras cabezas y apareció, en la cima de la escalera, la negra y vasta silueta de Rappoport con un pozal en la mano. Cuando nos vio, gritó: «¡Italianos!»; y dejó caer el cubo, que rodó con gran estrépito escaleras abajo.

El pozal había contenido una buena cantidad de sopa, pero estaba casi vacío. Vidal y yo recuperamos algo de lo allí cocido rascando diligentemente el fondo con la cuchara que entonces llevábamos siempre encima, día y noche, lista para

cualquier emergencia, como los cruzados llevaban la espada. Mientras tanto, Rappoport se nos había acercado majestuosamente, no era un hombre de los que regalan sopa, y mucho menos de los que la reclaman como regalo.

Rappoport tendría por aquel entonces unos treinta y cinco años. De origen polaco, se licenció en Medicina en Italia, en Pisa precisamente, de ahí la simpatía hacia los italianos y la extraña amistad con Vidal, el pequeño pisano. Digo extraña porque Rappoport era un hombre armado maravillosamente. Astuto y violento, una mezcla de cazador furtivo y de corsario, le resultaba facilísimo alejarse del todo de cuanto le pareciera superfluo en la vida civilizada. Vivía en el campo de exterminio como un tigre en la selva: abatía y amenazaba a los más débiles y huía de los más fuertes, dispuesto a corromper, a pelear, a racionar la comida, a mentir o a someterse, según las circunstancias.

De la vida en libertad conservaba, además del vigor corporal, una robusta y vigorosa voluntad de goce y conocimiento, y esta era la clave, la razón por la que, a pesar de ver en él al enemigo, su cercanía me resultó siempre agradable.

Rappoport bajó, pues, lentamente las escaleras, y cuando estuvo cerca se pudo observar con claridad dónde había ido a parar el contenido del cubo. Esta era una de sus especialidades: con el primer grito de la sirena, entre el revuelo general, lanzarse a la cocina y escapar con el botín antes de que llegasen los de la antiaérea. (Rappoport lo había hecho tres veces, las tres con éxito; la cuarta, como bandido listo que era, se quedó tranquilo con el *Kommando*, sin moverse, el tiempo que duró la alarma. Gold, que quiso imitarlo, fue pillado infraganti y, con gran fiesta, ahorcado públicamente al día siguiente). Salud, italianos —dijo—, *ciao*, pisano. Después, el silencio. Estábamos tumbados, hombro con hombro, sobre los sacos. De fuera no

llegaba ruido alguno. Vidal y yo, como era habitual entonces, caímos en un duermevela pululante de visiones. (No era necesario estar tumbados para caer en el duermevela. Recuerdo, en un momento de reposo, dormirme de pie). No sucedía lo mismo con Rappoport quien, a pesar de detestar el trabajo, era uno de esos temperamentos encendidos que no soportan el ocio. Sacó un cuchillo del bolsillo y comenzó a afilarlo con una piedra, y de vez en cuando nos apuntaba con él, pero no le era suficiente, y al poco se dirigió a Vidal, que roncaba.

—Despierta, Vidal. ¿Con qué soñabas? Raviolis, ¿verdad? Raviolis y vino de Chianti. En la taberna de Via dei Mille, por seis liras y media. Y los chuletones, *psza-crew cólera*: chuletones de estraperlo grandes como una fuente.

Rappoport hablaba italiano bastante bien, pero blasfemaba en polaco. No hay de qué sorprenderse, las blasfemias polacas son de lo más suculentas.

—Y, después, Margherita —y aquí hizo una mueca jovial y se golpeó fragorosamente el muslo.

Vidal se despertó y se quedó acurrucado con media sonrisa en aquel rostro térreo. Casi nadie le dirigía la palabra, cosa que no creo que a Vidal le importara mucho. Rappoport, por el contrario, le hablaba con frecuencia, de Pisa y de los pisanos, y se dejaba ir apoyado con abandono y nostalgia sincera en los recuerdos.

Yo tenía claro que, para Rappoport, Vidal representaba poco más que un pretexto para estos momentos de relajación y de vacación mental, pero Vidal los tomaba como muestras de amistad, de la preciosa amistad de un poderoso, entregadas con generosa mano a él, a Vidal, de hombre a hombre.

—¿Cómo? ¿No conociste a Margherita? ¿No estuviste con ella? ¿Qué clase de pisano eres? ¡Ha! —eso decía Rappoport, ¡Ha!, como los héroes de Rabelais, ebrios de amor y de vino,

pero con las piernas ágiles y el intelecto lúcido—. Aquella era una mujer que despertaba a los muertos: serena, impecable de día, de noche una verdadera artista...

Entonces se oyó un silbido, y al instante un segundo. Parecían venir de una remota lejanía, pero se acercaban como locomotoras fuera de control. Luego, la tierra tembló, las vigas de cemento bailaron un instante como si fueran de goma. Finalmente, llegaron las gigantescas explosiones, seguidas de un estruendo de hierro y ruina y, en nosotros, de una voluptuosa distensión del tormento.

Yo, sinceramente, no tenía mucho miedo de los bombardeos. Estaba casi inerte, y esta incapacidad para la reacción se alimentaba del estoicismo y de la estúpida convicción de que las bombas, al no estar destinadas a nosotros, no iban a hacernos daño. Mi cuerpo temía, sí, pero no hasta el punto de hacer prevalecer el temor: no me costaba esfuerzo quedarme inmóvil. Vidal se arrastró hasta una esquina, se protegió la cara con el brazo como se hace para protegerse de las bofetadas, y rezó en voz alta.

Oímos un tercer silbido monstruoso. Todos los conocéis, estos silbos. Son sonidos diabólicos: he pensado a menudo que los tristes herreros dan voz a las bombas deliberadamente, una voz que exprese su bárbara sed y un último —protervo— aviso a los predestinados. Rodé desde los sacos hasta apoyarme en la pared, y he aquí la explosión, cercanísima, casi corpórea, y luego el vasto soplo del rebufo.

Rappoport se moría de la risa.

—Te has cagado encima, ¿eh, pisano? ¿O todavía no? Espera, espera, lo bueno está por llegar.

—Tienes los nervios templados —dije yo.

—No es cuestión de nervios, sino de teoría. Contabilidad: mi arma secreta.

Yo estaba cansado, con un cansancio, a este punto, antiguo, encarnado, que me parecía irrevocable. No era el cansancio que todos conocen, que se sobrepone a la felicidad y la protege, como una parálisis temporal; era una carencia, un vacío definitivo, una amputación. Me sentía, normalmente, vacío, como un fusil disparado. Y como yo se sentía Vidal, quizá él de manera menos consciente; y, como nosotros, todos los demás. Las palabras de Rappoport, su manera de ser, su vitalidad, que en condiciones diferentes habría admirado (como las admiro hoy, de hecho) me parecían inoportunas, insolentes. Estábamos en el mismo ajo, tanto nosotros dos «musulmanes» como él, por muy saciado que estuviera y polaco, médico, maestro en el escaquearse y en montar banquetes ilegales que fuera. Si nuestra piel no valía ni dos perras gordas, la suya valía poco más, y era irritante que no quisiera darse cuenta. Por lo que respecta a la cuestión de la teoría y de la contabilidad, no me apetecía quedarme allí a escucharla. Tenía otras cosas que hacer: dormir, si los de arriba me lo permitían; si no, asumir el miedo, en santa paz, como todo hombre de bien.

Pero no era fácil reducir a Rappoport, evitarlo o ignorarlo. —¿Qué hacéis dormidos? ¿Yo me dispongo a hacer testamento y vosotros dormís? Es posible que mi bomba esté al caer, no quiero perder el tiempo. Si fuera libre, quisiera escribir un libro con mi filosofía: *Rappoportii, Doctoris Crassi, De malis et bonis more geometrico summandis*. Por el momento, no puedo más que exponérosla a vosotros dos, babuinos. Si os sirve, mucho mejor; si no, si salís de esta y yo no —que será raro—, podréis explicarla por ahí y le será útil a alguien. No es que me importe mucho, entiéndase, no tengo alma de benefactor. Hela aquí: «*Au temps de ma jeunesse folle*, bebí, comí, hice el amor, tuve amigos de todas las razas, cambié la